

DESVELAR la VIOLENCIA

“No hay nada más duro que la suavidad de la indiferencia”

Juan Montalvo (escritor 1832-1889)

Reflexionar sobre la violencia, como estamos haciendo hoy, preguntarnos sobre el por qué la agresividad necesaria como empuje ligado a la supervivencia, puede degenerar en agresividad gratuita, depredadora, destructiva que identificamos como violencia, es una pregunta que la intenta responder el hombre desde siempre, filósofos, científicos, artistas, psicoanalistas,...

En ese sentido me ha parecido muy sugestivo el título del taller: “La violencia y sus formas ocultas”.

Pensar en las formas ocultas de la violencia amplía el foco y nos abre innumerables caminos para reflexionar. Si lo oculto lo pensamos como la violencia no evidente, latente, secreta,... que se expresa a nivel consciente o inconsciente, el campo se hace casi inabarcable ya que transita por todo lo humano: individual, grupal, institucional, social, cultural, político,...

Por esto mismo, lo que haremos desde la mesa será lanzar algunas ideas, que junto con las que hemos pensado en el taller clínico, entre todos podamos ir tejiendo pensamientos sobre la violencia.

En su libro *Malestar en la cultura*, del 1929, Freud ya comentó: *“la verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se lo atacara, sino por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo”.*

Más tarde, con los horrores de la segunda guerra mundial, muchos psicoanalistas de la época, destacando a Melanie Klein en el desarrollo individual y a Bion en lo referente a grupos, se preocuparon, estudiaron y teorizaron sobre la violencia y la destructividad humana.

La violencia es común a todos los humanos, no sé si se trata de una constitución biológica como defendía Freud y Klein con el concepto de pulsión; de una inscripción en la cultura por medio del lenguaje que, como decía Lacan, al ser impuesta siempre contendrá cierta violencia la manera como los humanos devenimos seres sociales; o invariablemente de una respuesta a una agresión externa según defiende el Psicoanálisis Relacional. Sea como fuere la violencia es parte estructural del ser humano.

Aunque por efecto de la socialización se supone que en general las personas no acostumbramos a pasar la línea, si no es en situaciones extremas o particulares. Siempre sorprende las diferentes maneras, sutiles o burdas, abiertas o ocultas en las que la violencia se nos presenta una y otra vez. Ya sea a nivel individual, institucional o social.

A pesar del recorrido hecho por diversos dispositivos del circuito de atención a la violencia, especialmente los dedicados al maltrato y abuso sexual a la infancia, no me siento experta, aunque os agradezco el reconocimiento. Se puede decir que tengo experiencia en el tema de la violencia, pero para mí sigue siendo un misterio.

En el maltrato a la infancia observamos una violencia abierta, que deja huellas evidentes, en el cuerpo y en la mente, pero hay otra oculta, cuya marca es más invisible, que pasa por debajo de la mirada del entorno, como por ejemplo el abuso sexual infantil (ASI), el que basa gran parte de su existencia en el secreto y ocultamiento bajo el que se produce, tanto por parte del menor que lo sufre como por parte del entorno. El niño ya sea por desconocimiento, miedo, vergüenza y/o culpa, lo silencia. El entorno, por su parte, se mueve entre el espanto y la consternación al reconocer el abuso a un menor en concreto, y el pseudo consentimiento social y la minimización de su existencia a nivel general. Se desea pensar que no pasa, pasa poco o al menos pasa fuera de nuestro entorno próximo. Actitud que adoptamos frente a tantas otras formas de violencia.

Otra de las manifestaciones no evidentes es la negligencia, que sería algo así como:

cuando dándose las condiciones, no pasa aquello que debería pasar para recibir un buen trato. Niños claramente negligidos en sus cuidados básicos, pero también “pequeñas negligencias cotidianas”: inatenciones repetidas, faltas de acople continuadas, diversas formas que dejan al pequeño solo con sus angustias. No hablamos solamente de contener su miedo y su rabia, sino también su amor que no encuentra resonancia. La indiferencia, puede ser experimentada como un sentimiento hostil de rechazo que se hace aún más intolerable que los golpes. Hay personas que, por así decir, prefieren los golpes a la indiferencia. Aunque sea por la confusión entre el afecto genuino y el amor de características narcisistas y ambivalentes como culturalmente se aprecia en la frase: *“Quien bien te quiere te hará llorar”*.

Las fallas frecuentes en los vínculos producen vacíos en la cimentación de la mente infantil, cómo dijo C. Jung: *“la vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir”*. Aquí se abre un amplio tema que está en la base de muchas historias desgraciadas, de personas que lo pasan mal, y también en la biografía de algunos que lo harán pasar mal a los otros, que se convertirán en “desgraciados” en la doble acepción de la palabra.

En otro orden de cosas, no deberíamos despreciar las trazas de violencia que se cuelan por las gritas del sistema de atención, efecto de la dificultad para pensar que se produce ya sea por desconocimiento, desborde de trabajo, falta de recursos o cualquier otra causa, las instituciones se convierten a veces en objetos insuficientes que retraumatizan.

Y si vamos más allá y hablamos de la guerra, de los campos de refugiados, del exilio, la situación toma magnitudes casi impensables. Millones de niños sin hogar, en zonas de guerra, sufriendo violencia por defecto o exceso.

Recuerdo hablar con la responsable (Liliana Orjuela) de un programa de Save the Children que trabajaban en campos de refugiados y me explicó que en alguna actividad les preguntaban a los niños qué era un hogar. Una niña de 7 años respondió: *“Un hogar es un lugar donde plantas una flor y la puedes ver crecer”*. Simple ¿verdad? Hasta ahora he sugerido alguna idea sobre las modalidades ocultas de la violencia. Pero se me ocurría también que el tema lo podemos pensar no solo desde esta perspectiva sino dándole un giro y preguntándonos: ¿Qué oculta la violencia?

Evidentemente no pretendo responderla, es una pregunta que pongo encima de la mesa para entre todos reflexionar.

¿Qué oculta la violencia? Sobretudo la violencia es abuso de poder, es cosificación del otro, convertirlo en cosa a controlar, a poseer,... ¿Por qué?

El concepto de identificación proyectiva nos ha ayudado mucho a comprender. A menudo la violencia es ejercida sobre el otro en base a la proyección de las propias debilidades, odios y desprecios hacia uno mismo. Miedos al abandono, a no merecer el amor del otro,... Recordemos la película "Te doy mis ojos", una pareja unida por un vínculo violento, él inicia una terapia de corte cognitivo conductual en la que le piden escriba en un cuaderno las sensaciones y los sentimientos que tiene cuando está a punto de maltratar a su pareja. Ésta encuentra el bloc donde él los escribe, lo lee y para su sorpresa observa que son prácticamente los mismos que ella siente cuando va a ser golpeada, entonces comprende el mecanismo de él, y le dice: *"no tengas miedo"*. La cuestión es saber si ella puede ver los que le unen a él. Pero sobre la idea de vínculo violento volveré luego.

Hay mucha banalidad en el mal, concepto de Hannah Arendt. Pensemos en el ASI, no todos los pederastas son unos perversos en su organización mental. Es verdad que siempre hay un grado de perversión y en algunos abusadores es el centro, los que ambicionan envilecer a los niños buscando su complicidad, su deseo, o algunos pederastas que utilizan al menor para su disfrute personal u otros usos abusivos como ejercer la prostitución, hacer pornografía, trata de niños, etc. sabiendo conscientemente el mal que hacen. Cuando se cosifica al otro se le deshumaniza, lo que facilita que la pena y la culpa por el mal causado se disocie fácilmente.

Pero hay otros abusadores que son... ¿qué adjetivo usar? Poca cosa, aunque hagan mucho daño, son miserables. (pulp, "cutres"). Son donnadies en el mundo de los adultos, no despiertan interés, en cambio entre los niños pueden encontrar un lugar para su omnipotencia. Son el profesor, el entrenador "guay", el cómplice y se convierten en un ídolo para los menores.

En la película Spotlight, muy recomendable, ganadora de un Oscar a la mejor película del pasado año (2016), hay una escena que lo muestra claramente, cuando los periodistas van hacer una entrevista a un cura pederasta, el cual no parece tener consciencia del mal causado justificándose: *"solo que eran juegos, los niños se*

divertían”.

Con diferencias, en esta misma línea también se da en el abuso intrafamiliar. Personas poco valoradas por los adultos de la familia, por la pareja,... que se refugian en los niños. Se plasma bien en otra película “No tengas miedo”, ganó el último premio FADA a la cultura, por la lucha contra el ASI, en el acto de la entrega pude hablar con Lluís Homar, que hace el personaje de padre abusador, me explicó que le costó horrores el papel. El guión pretendía no juzgar, no tirar de tópicos, objetivo que para mí logra. Describía a una persona con esas características de poco interés y con poca consciencia del mal que infringe. Evidentemente que esta falta de resonancia no justifica ni exculpa, por eso la violencia y el abuso, no se define solo por la intención del que la produce sino por los efectos que tiene en el que la sufre.

Sigamos un poco más en esta línea. No hay una clara tipología del pederasta, pero algún elemento se apunta en estas dos líneas que os comento: perversos y donnadies.

Mi experiencia con abusadores adultos es limitada, algunos que vienen voluntariamente a buscar ayuda terapéutica en alguna de las entidades que colaboro, lo cual ya es muy importante cara al pronóstico. Tengo algo más de experiencia con menores abusadores. Un menor abusador se considera un menor en riesgo tanto para los otros como para su propio desarrollo, y por ello DGAIA ha organizado programas de ayuda. Pues bien, ya en estos menores se apuntan las dos maneras descritas. Recuerdo un chico de unos 17 años que empezó a abusar a los 11, que después de un tiempo en tratamiento y de manera sentida le decía a su terapeuta: *“mi cuerpo crece pero mi deseo no”*. Era también una pregunta que el chico se hacía a sí mismo, una pregunta que interpela a su mundo interno. A diferencia de otro de la misma edad, que idealizaba la inocencia infantil, entraba en blogs en la red en los que se describía la infancia como algo sutil, candoroso, etc. Hablaba de su deseo de acercarse a estas virtudes por medio de los niños, pero a poco que se profundizaba en la terapia aparecía el deseo de arruinar las tan valoradas cualidades. En la contratransferencia uno despertaba pena, el otro rechazo y una sensación física de helor. No es casualidad que la contratransferencia en estos temas, al menos de inicio, tenga características sensoriales, cuesta pasarla por la mente. Eso de tocar la mente del otro cuando en ella hay perversión es un tema espinoso.

Esto en cuanto al ASI, y ¿respecto a la negligencia? ¿Qué oculta la violencia que se asienta en la negligencia? Anne Alvarez, en las Jornadas de este año de la Revista

Catalana de Psicoanálisis, comentó que hay mucha estupidez en algunos tipos de violencia. Habló del "objeto estúpido" como un objeto no necesariamente malo pero que por diferentes razones no sostiene, no entiende al otro y genera deficiencias en el self en construcción de los niños y por tanto también déficits en el objeto interno de éste. El mundo interno se puebla de objetos sin valor, concepto diferente de objetos desvalorizados. Lo que se traduce en que a los menores ya no les resulta interesante ni el mundo, ni el encuentro con el otro. No hay misterio, nada les despierta la curiosidad. La negligencia produce aburrimiento, vacío, de esta manera por falta de respuesta, los niños negligidos generan a su vez más negligencia y se cierra el círculo.

Sigamos con la reflexión sobre lo que oculta la violencia, decía que oculta las miserias y estupidez del violento, pero y ¿la víctima, qué decimos de ella? Es políticamente poco correcto hablar de su responsabilidad, pero también lo sería no planteárnoslo. Se dice que "el culto a las víctimas victimiza"

Lacan pensaba que: *"de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables"*. No conozco en profundidad su pensamiento, seguro que tiene muchos matices, y en la mayoría de casos seguro que es así, que somos responsables, en gran medida, de nuestra posición en la vida. No obstante, partiendo de esa idea haría alguna salvedad en cuanto al lugar de víctima, p.e. personas necesariamente dependientes y vulnerables como niños pequeños, ancianos con limitaciones, personas discapacitadas o ciertas situaciones (machismo, racismo) que por la presión social pueden ser difíciles de encarar y no sé si sería justo incluirlas en ello, queda en aire la pregunta.

Pero hay situaciones en las que se ve clara la implicación. Son personas atrapadas en un círculo violento, como a menudo se observa en la violencia de pareja, que no siempre de género, en la que al ser una persona posicionada como víctima corre el riesgo de que el victimismo colonice a su yo. También encontramos en este tipo de violencia otras manifestaciones en las que hay cierta satisfacción, en el que agrede y en el agredido, que tiende a perpetuarlas, pero esto sólo puede ser esclarecido en el caso por caso.

En la línea de poder entender este tipo de relación puede ayudar la idea que Héctor Gallo propone en su libro "Usos y abusos del maltrato". Plantea la necesidad de diferenciar la posición subjetiva de personas que sufren tortura de los maltratados. Los primeros tienen que confesar una verdad y no hay escapatoria, y los otros, pueden

tener alguna opción para oponerse al maltratante. Dice: *“si el maltratado no es un niño completamente desamparado o un anciano completamente indefenso, tiene oportunidad de oponerse a su condición de víctima, poniendo en cuestión su vínculo y haciendo valer sus derechos”*.

Por último apuntar una idea más, de las muchas que quedan en el tintero, que surgió en la reunión preparatoria de este taller: la problemática que vemos más recientemente respecto a la violencia de hijos a padres. José Leal comentaba que en foros de discusión se planteaba si era una nueva problemática o una ya existente que salía a la luz. Creo que cuando en este tipo de problemáticas psicológicas nos planteamos si es una “u” otra, acaba siendo casi siempre una “y” otra. Seguramente había una parte que no había aflorado, que estaba oculta y otra que tiene que ver con cambios socio-culturales en los vínculos parentales que fomentan o sostienen estas nuevas manifestaciones del malestar.

Hace poco leí un artículo referente a un psicoanalista italiano, Massimo Recalcati, que no conozco. Parece alguien más bien mediático, que acaba de publicar un libro llamado *“La hora de clase: por una erótica de la enseñanza”*, en el que aborda alguna idea que puede sernos útil.

Según Recalcati *“se ha roto el pacto generacional; los padres y los profesores ya no trabajan juntos en la educación de los jóvenes”*. Reflexiona sobre algo en lo que estoy de acuerdo, como se ha diluido la autoridad paterna y por extensión la del profesor.

Recalcati, que también es profesor, lo piensa desde la escuela, pero la esencia sigue estando en los vínculos paterno-filiales. A diferencia de lo que ocurría en la generación del 68, los jóvenes ya no tienen que rebelarse contra sus progenitores, ni matar, como Edipo, al padre, porque los tienen de su lado casi como compañeros de juego. Siguiendo a Meltzer se trataría de la falta de *“diferenciación generacional”*, la igualación de roles entre niños y adultos. El niño casi se ha convertido no el principito sino en el rey de la familia y todo se somete a sus *“exigencias”*. No se le ayuda a entenderse con la realidad, sino que es ésta la que tiene que adaptarse al niño. Esta laxitud en la crianza asentada en la confusión entre autoridad y autoritarismo, sea por herencias culturales o cualquier otra razón, es otra de las negligencias cotidianas que antes comentaba.

Para no quedarnos con el sabor de la queja o la denuncia en la boca unos apuntes sobre las intervenciones que como psicoanalistas podemos hacer para encarar la violencia y sus repercusiones. Favorecer la concienciación de cada uno de nosotros frente a la violencia en su vida, en la propia y en la de nuestros pacientes -individuos o grupos-. Tomar muy en cuenta los aspectos inconscientes, las identificaciones proyectivas con el agresor o con la víctima, para desanudar disociaciones que están en la base y sostienen la violencia.

Del polo de la persona que la ejerce es necesario distinguir entre destructividad y maldad. Es decir, entre la evacuación de ansiedades no mentalizadas que tienen consecuencias destructivas para el otro y para uno mismo, de la destructividad basada en la intención de utilizar y dañar al otro. Punto importante de cara a la técnica de trabajo. El proceso con ambos, aún usando estrategias diferentes, pasa por el retiro de las proyecciones, lo que les lleva a enfrentar su propia destructividad, sus conflictos internos y culpabilidad.

Y del otro polo, la persona que sufre la violencia, nuestra función como psicoanalistas será ayudarles a reconocer la parte de ellos mismos que está comprometida en ese vínculo sadomasoquista. Ayudar a la persona, que se ha adaptado a una situación humillante, a darse cuenta cómo sin proponérselo colabora en el diseño de esa misma relación.

Y por último los niños, que por su vulnerabilidad y dependencia necesaria no pueden desasirse fácilmente de los lazos violentos. Con ellos trabajar primero para protegerles, y poco a poco para recuperarles del daño sufrido, promoviendo recursos psíquicos que les permitan sobrellevar las situaciones adversas que han vivido.

Rosa Royo Esqués

Psicóloga Clínica. Psicoanalista (SEP/IPA) Psicoterapeuta (EFPA/COP). Supervisora Servicios de salud mental en general y de instituciones especializadas en la atención a diversos tipos de violencia: familiar; maltrato y abuso sexual infanto-juvenil; social. Profesora Instituto Universitario de Salut Mental de la de la Fundació Vidal i Barraquer (URLI)
e.mail: rosaroyo@copc.cat